

turas reuniones, en lo posible de orden semestral. De esta manera, el Instituto de Investigaciones Musicales puede estar satisfecho de haber mantenido un amplio cauce de propagación de las inquietudes referentes al folklore en sus diferentes aspectos, y de haberse aproximado, de una manera

eficaz y promisoría, como en esta oportunidad, al sector encargado de la docencia escolar en Chile, que puede esperar de nuestra cultura tradicional y representativa algunos de los mejores frutos pedagógicos.

MANUEL DANNEMANN R.

ROBERT STEVENSON EN CHILE

Por Vicente Salas Vizu, Director del Instituto de Investigaciones Musicales de la Universidad de Chile.

Los convenios entre la Universidad de Chile y la de California, para el intercambio de estudios e investigaciones, y de profesores y alumnos, comienzan a dar fruto en el campo de la música. Habría que destacar de antemano que los convenios referidos son los primeros entre los suscritos por nuestra Universidad que se han llevado hacia la investigación artística. El señor Rector y el Decano de la Facultad de Música merecen en este sentido el agradecimiento de quienes se consagran en Chile a estas disciplinas.

Como primer fruto de los convenios Chile-California en la investigación musical se encuentran en el país los profesores Borchardt y Stevenson, de la Universidad de Los Angeles. Ambos trabajan en relación con el Instituto de Investigaciones Musicales de la Universidad de Chile. El primero, en estudios sobre el folklore musical; el segundo, en los dominios más amplios de la musicología.

Sobre la personalidad del profesor Borchardt, ayudante del famoso orientalista musical doctor Mantel Hood, no faltará a los especialistas ocasión de extenderse. En cuanto a Robert Stevenson es, ni más ni menos, la primera figura de estudio de la música en el pasado colonial hispanoamericano que hoy existe en el mundo. Con paciencia ejemplar (la paciencia cuenta mucho en esta clase de trabajo), y conocimientos incomparables con los de ningún otro investigador de su categoría, incluidos los españoles e hispanoamericanos, Robert Stevenson lleva ya realizada una labor copiosa y profunda en estos tan singulares dominios. Hará ya unos quince o dieciséis años que el profesor Stevenson publicó su primera obra de la índole a que aludo; una historia, tan bien documentada como excelente de criterio, sobre "La Música Colonial en Méjico". Si se piensa que por entonces sólo algunos trabajos parciales del español Bal y Gay habían abordado la espesa materia, aún resulta mayor el mu-

cho mérito del musicólogo norteamericano y de su obra.

A "La Música Colonial en Méjico" siguieron como contribuciones mayores, como libros —porque las recogidas en ensayos y artículos forman legión—, "La Música de las Catedrales en el Perú Colonial", "La Música Colonial en Colombia", "La Música en la Catedral de Sevilla" (eje de las Catedrales americanas), entre 1478 y 1606. No es poco, y, sin embargo, ahí no se detiene la obra de Robert Stevenson, coronada hasta la fecha por dos monumentales, en el sentido estricto del adjetivo, tratados: "La Música de las Catedrales Españolas en el Siglo de Oro" y "Música Hispánica en la Epoca de Colón".

En un comentario como el presente, a vuela pluma, bastará con decir que antes de las aportaciones de Robert Stevenson al estudio de la música litúrgica en nuestra América, apenas existía nada que pudiera compararse con tan acuciosa investigación. Y pensemos que, en los siglos XVI y XVII, la música litúrgica era casi toda la música artística en la anchura del mundo civilizado y no sólo en los países hispanoamericanos o en su metrópoli.

Prácticamente, pocos, muy pocos estudiosos se habían acercado antes que el musicólogo norteamericano de que hablamos a los viejos códices donde se encierra la música de aquel tiempo en nuestros países. Stevenson pudo así descubrir, o mejor, resucitar, volver a la vida, el hermoso y variadísimo repertorio de música sacra americana, española y, en general, europea que se esparció en el ámbito del mundo colonial de Hispanoamérica. Ya era bastante sorpresa entre los descubrimientos del profesor Stevenson que las Catedrales de esta América nuestra, en la injustamente denigrada cultura colonial, se mantuviesen a un nivel muy cercano, por lo que hace a la música, de las más célebres de España; que Palestrina, Victoria o Lassus, en sus Motetes y Misas, fueran puntales del sentir y del pen-

sar metafísicos en América Hispana como en Francia, Italia, Alemania, Flandes o Inglaterra durante aquellos siglos. Era bastante sorpresa, pero no la mayor. Esta, de enorme relieve, es que ya en el siglo xvi, y todavía más, en la primera mitad del xvii, en Méjico, Perú, Colombia, Santo Domingo, Venezuela y otros centros culturales de primer plano —virreinos—, o de segundo —capitanías generales—, los músicos criollos y algunos no criollos de América eran excelentes maestros de capilla, compositores en polifonía sacra y organistas dignos, muy dignos de sus modelos europeos. En primer lugar, como es obvio, de sus modelos españoles, pero también de los otros.

De la música artística en el pasado colonial chileno no disponemos de más noticias que las recogidas en sus "orígenes del arte musical en Chile" por el también infatigable estudioso Eugenio Pereira Salas. Una investigación, ya en vínculo directo con la

música catedrática chilena, tiene en curso el propio Pereira Salas con la colaboración de Jorge Urrutia Blondel. Sabemos que Robert Stevenson, hace unos años, en otra visita a Chile, comenzó a interesarse por este aspecto de nuestra cultura musical básica; la del pasado sobre la que se sustenta todo lo mucho que hemos alcanzado en el presente.

Robert Stevenson permanecerá en Chile cuando menos un año. Nadie tan capacitado y con mejores títulos que él para enfrentarse con el desentrañamiento de ese pasado musical nuestro en los autores y obras que lo representen con autenticidad. Nadie con mayor autoridad que él para remover nuestro ambiente en este sentido, para aglutinar voluntades y conocimientos en semejante labor. La Universidad de Chile y el Instituto de Investigaciones Musicales de su Facultad de Música serían los primeros en secundar sus pasos en beneficio de una empresa que mucho lo merece.

Necrología.

HOMENAJE POSTUMO A UN GRAN AMERICANO: CARLOS VEGA

No es por la justiciera pero un tanto obligada información necrológica sobre "ilustres desaparecidos" que me uno aquí a quienes registran el deceso del gran argentino Carlos Vega, hecho acaecido en Buenos Aires el 10 de febrero del presente año.

Lo hago sumando mi voz a los muy acongojados por ello.

Pues en el curso de algunas de mis estancias en aquella Metrópolis tuve ocasión de conocerlo bien y contar con el privilegio de su amistad. Estas preciosas oportunidades se repitieron esporádicamente en un lapso aproximado de veinte años, permitiéndome seguir de cerca su fabulosa actividad de investigador y publicista en los dominios de la música folklórica. Fueron otros tantos hitos que me demarcaban su trayectoria, plena de tremenda voluntad y espíritu de trabajo, pues ya entonces libraba incansantes luchas con el medio ambiente y las complicaciones del oficialismo incomprensivo.

Paso a paso venía todo, hasta llegar a la dirección del importante organismo estatal (Instituto de Musicología del Ministerio de Educación), donde, con el fin de estudiar su organización, lo visité por última vez hace alrededor de cinco años. Había comenzado sus esfuerzos modesta y provisoriamente instalado en un estrecho local de

la corta y central calle Perú, cercana a la Avenida de Mayo.

Fue allí donde le conocí por primera vez, presentado epistolariamente por Eugenio Pereira Salas y obsequiándole un disco que le interesaba. Su gran colaboradora era ya Isabel Aretz, otra gran personalidad en el mismo orden de estudios, hoy radicada en Venezuela.

Ya entonces Carlos Vega tenía algunas publicaciones importantes, su nombre comenzaba a ser vastamente conocido y su acción despertaba controversias.

Pues siempre fue un personaje vital y exuberante. Escribió con el tiempo tal cantidad de obras que el catálogo completo llenaría páginas, imposible de agregar a estas modestas líneas, subjetivas y recordatorias antes que exhaustivo estudio de su entrega a la cultura americana. Redactaba con una facilidad increíble, en ese estilo directo y fluido de los habituados a proceder "con el correr de la pluma". Pero no por eso dejaba de escribir todo en un tono dominante y perentorio, generador de polémicas que no siempre admitía.

En todo esto se reflejaba su carácter personalísimo, como es el de todos los habituados a realizar una acción impetuosa y avasalladora; natural contraparte de otras tantas cualidades positivas. Convencido, así, de